

ROSA MARÍA ARTAL
Periodista y escritora
Autora de “La energía liberada”
Promotora, coordinadora y coautora de los libros colectivos “Reacciona” y “Actúa”

LA DEMOCRACIA ENFERMA

Imagínense a Vds. mismos en 2008. Recuperen ese momento. Con su nivel de vida, las prestaciones que recibían del Estado, los derechos que confería una ya asentada democracia y la pertenencia a la Unión Europea y piensen en las certezas y seguridades que atesoraban. De repente el 15 de septiembre nos informan que ha caído una empresa norteamericana: Lehman Brothers y, tras ella, vamos asistiendo al derrumbe del sistema financiero internacional.

Cuatro años más tarde ya casi todos sabemos que esa quiebra se debió a las prácticas erráticas del poder financiero y que los líderes políticos se apresuraron a decir en el primer momento que iban a refundar el capitalismo y establecer controles. Cotejen Vds, por favor, cómo estamos ahora. La crisis no se acaba, los causantes del problema inicial llevan las riendas del poder mundial, los dirigentes de los gobiernos se pliegan (en la mayoría de los casos con la empatía que aporta la afinidad ideológica) y se están practicando duros ajustes a la sociedad, sin que la crisis se resuelva. Todo lo contrario, cada día empeora.

El cariz que está tomando la situación es muy preocupante: en el último año asistimos a una aceleración inusitada del modelo que viene añadida de graves quebrantos democráticos. La llamada “crisis de la deuda” –de la que antes apenas sabíamos– ha irrumpido en nuestras zozobras cotidianas. Para pagar el déficit, incluso se han reformado Constituciones –como la española y en tiempo récord–. ¿En qué sentido? Lo que se aprobó –con el consenso de los dos grandes partidos, PSOE y PP, fundamentalmente de Zapatero y Rajoy, y el mandato expreso de la Unión Europea de Angela Merkel– fue que ese pago tiene prioridad sobre cualquier necesidad de los ciudadanos y eso consagrado en la Carta Magna. Y ya lo estamos comprobando en España.

Hemos visto cómo se relegaban los órganos de decisión de la UE por las reuniones de Merkel con Sarkozy, o con ella misma, o quien ella guste llamar. E igualmente la sustitución de democracias por tecnocracias, como si los países poblados de personas reales fueran empresas dedicadas a la obtención de beneficios, tal como se definen.

En España –y con escasas excepciones– el Partido Popular domina todo el poder. El Estado, las autonomías, muchos ayuntamientos y desde luego ostenta –con el PPE– la mayoría en la UE desde donde se dictan estas doctrinas. En este momento se encuentran en entredicho prácticamente todas las instituciones del Estado, comenzando por la Justicia y siguiendo por la Corona o la política. Solo parece quedar en pie de ese deterioro el Ejército.

La gran pregunta es hasta qué punto están informados los ciudadanos de lo que les ocurre, qué papel han jugado los grandes medios en esta crisis. Si han mostrado la realidad y sus claves o han disuadido ese conocimiento esencial. Y también si existen alternativas. O por qué irrumpió el hartazgo social el 15M o qué está ocurriendo ahora con la respuesta social.

UN MUNDO QUE SE NEOLIBERALIZA GLOBALMENTE

Es imprescindible conocer, recordar, difundir, la historia de cómo se gestó esta gran crisis, dentro y fuera de España, de los resortes que utiliza para mantenerse en esas condiciones,



para entender incluso por qué habremos de trabajar hasta los 67 años –si es que podemos– en España, o por qué vamos a pagar más caras las matrículas universitarias o el dentista.

José Luis Sampedro suele decir que el capitalismo fue muy positivo cuando se inició allá en el siglo XV porque dinamizó la economía y la sociedad. Su despegue llegó con la industrialización. Paulatinamente también comenzaron muchos de sus abusos que, por otro lado, desencadenaron el inicio de las reivindicaciones de los derechos laborales. Pero en aquel tiempo los empresarios arriesgaban su patrimonio. Todos recordamos al inolvidable James Stewart en *Qué bello es vivir* que dirigió Frank Capra porque, entonces, el banquero se responsabilizaba del riesgo asumido. Y ganaba pero también perdía.

Llega sin embargo el crack del 29, una crisis económica sin precedentes y comprobamos que el capitalismo ya se ha instalado en la impunidad.

Nos lo contaba en 1940 John Ford en su película *Las uvas de la ira*, basada en el libro de John Steinbeck, ejemplo paradigmático de lo que se empezaba a gestar en y tras ese Crack del 29. Ya entonces era difícil la atribución de responsabilidades. Aunque lo intentaran... a la manera norteamericana.

(Se emite a continuación corte de la película “Las uvas de la ira”. Director. John Ford. 1940).

Vinieron años muy duros después como consecuencia de la Gran Depresión: el auge de la extrema derecha y los fascismos que terminarían por desembocar nada menos que en una guerra mundial. Pero también políticas económicas valientes, por ejemplo la que Keynes aconsejó a Roosevelt, de expansión, no de austeridad. Y, con gran dolor y esfuerzo, se salió de aquello. Y con constructivos propósitos de enmienda.

Retengan por favor –un momento– que en 1933, el presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt, promulga una ley, la Glass-Steagall Act, que separa la banca comercial de la de inversión e impide que el capital financiero crezca sin control. Es decir, separaba la hucha de los casinos. Y así funcionamos por muchos años a este lado del mundo, el del llamado libre mercado.

ENTRA UNA DECISIVA VARIABLE. El 9 de noviembre de 1989 cae el Muro de Berlín, mostrando la bancarrota que se escondía tras el telón de acero, hecho del que fui testigo excepcional como periodista. Esto marcará un punto de inflexión en el curso de la historia: acaba la política internacional de bloques que, para bien o para mal, se contenían el uno al otro. Con el Muro cayó la izquierda europea, la socialdemocracia, perdiendo votantes en cascada y el capitalismo se engrosó sin freno.

Lo que podemos llamar el asalto neoliberal parte justo de aquellos días y con premura extrema, ya que el Consenso de Washington es aprobado el mismo mes de noviembre de 1989. Le sigue inmediatamente el Consenso de Bruselas. Ciertamente se trataba de generalizar la doctrina abanderada por Ronald Reagan en EEUU y Margaret Thatcher en Gran Bretaña, y experimentada con éxito (para ellos) en Latinoamérica y África, zonas a las que esquilmaron.

Porque ¿cuáles son las líneas de actuación del neoliberalismo?

La primera desregular, dejar de poner controles, sobre todo al poder financiero. Privatizar (para dar negocio a inversores privados con la venta de lo público, de lo que todos hemos costado y sin que nos paguen expropiación), recorte del gasto público (destinado a mermar el Estado que a su vez es el Estado del Bienestar), reforma fiscal para favorecer a los más ricos o liberalización del comercio internacional –contribuyendo a la globalización que sólo será... económica–.

Un punto clave, puede que el que más decisivo, fue –y es– la desregulación, suprimir aquellos controles a la actividad de los poderes financieros que hemos visto existían desde 1933 (juntar de nuevo la hucha y el casino).

Esto ha provocado una distancia cada vez mayor entre la economía financiera y la real, que apenas el 10% de las transacciones bancarias sean producto de la elaboración de productos o intercambios comerciales, sino del movimiento especulativo de inversiones ficticias.

Como consecuencia también ha mermado el empleo y han disminuido los salarios a costa de los beneficios empresariales.

Les pido presten atención a un fragmento del documental Inside Job, Oscar de Hollywood del ya año histórico de 2011, porque explica muy bien el mecanismo y sobre todo las consecuencias que ha tenido. Lo que se quebró al suprimir la Ley de Roosevelt de 1933 y similares.

(Se emite a continuación corte del documental "Inside Job". Director: H. Ferguson. 2010).

"Son demasiado grandes para caer", nos dicen. Primero se fusionan y luego son demasiado grandes para caer y hay que rescatarlos. Es lo que ocurrió con el inicio oficial de la crisis que padecemos.

Lo más curioso es que ese Estado debilitado que pregona la libertad, que ese liberalismo desvirtuado, sí puede ser intervencionista. Y –como ha demostrado la crisis que sufrimos– entrega el dinero de los ciudadanos a las entidades con problemas –por su mala gestión–, y resta esas cantidades de la sanidad, la educación o los servicios públicos.

Las cifras de dinero público inyectado a los bancos y empresas son desorbitadas. En EEUU se estima que la factura alcanza los dos billones de dólares: cerca del 15% del PIB anual norteamericano.

En Europa y en datos oficiales de la propia UE han sido 1,6 billones de euros, mucho más que todo el PIB de España (1,1 billones). Ningún rescate posterior a países con problemas alcanzó esa descomunal cifra. Ni de lejos.

LA GOBERNANZA MUNDIAL

Cualquiera se diría que, si todos estos problemas ocurren porque vivimos en un mundo globalizado, también debería haber una gobernanza mundial. De alguna manera se intentó tras los desastres de la Segunda guerra mundial. La ONU fue diseñada con ese objetivo –fomentar equilibrios, desarrollo, cooperación, disuasión de conflictos–, y dieron razones parecidas para algunos de sus organismos como el FMI y el Banco Mundial. Sin embargo, la Asamblea de las Naciones Unidas ha quedado convertida en un organismo testimonial que hace declaraciones solemnes. Y el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial se han convertido en portavoces del neoliberalismo potenciando esa ideología allí donde actúan.

LA POLÍTICA TOMA MEDIDAS ANTE LA CRISIS

Los gobiernos mundiales se mostraron muy alarmados en principio, como decimos, con la quiebra del sistema financiero. Y se apresuraron a convocar cumbres en las que el habitual G8 se amplió a la participación de otros países, entre los cuales se encontraban algunos emergentes y la UE. Había nacido el G20.

G20

La cumbre celebrada el 2 de abril de 2009 en Londres fue la que alumbró pomposas y esperanzadoras declaraciones: ¡vamos a "refundar el capitalismo"!, vamos a controlar al sector, "causante esencial de esta crisis". Ha llegado el "principio del fin de los paraísos fiscales". Pues no se hizo nada de ello.

Decisiva fue la desarrollada en París en febrero de 2011: fue la de la capitulación. Esta vez decidieron perseverar, decididamente, en la política neoliberal. Desaparecieron los bancos



culpables y las personas y países que evadían impuestos, ahora los “malos” eran los que se apartaban de la ortodoxia y no reducían el déficit disminuyendo los sueldos de sus asalariados, los subsidios de sus parados o las pensiones de jubilación. La última, en junio de 2012, ha pensado estudiar –con la parsimonia habitual y muy escaso entusiasmo– si se impulsa el crecimiento siempre priorizando la austeridad. Salvo el socialista Hollande en Francia.

A consecuencia de todo lo relatado hasta ahora, el dinero público entregado a las entidades financieras mermó la respuesta de los gobiernos para su funcionamiento, pasaron por ello a ser objeto de especulación y entraron en dificultades. Hubo que ir entonces al rescate de los países más débiles y acosados, que ven sus deudas incrementarse hasta devorarlos.

Disminuyó también el consumo, lógicamente; se frenaron los créditos a particulares porque es más lucrativo especular con las deudas de los países... y todo el remedio que aporta en particular la Unión Europea es la austeridad. Lo que lleva indefectiblemente a más recesión por el menor gasto de los ciudadanos sometidos a fuertes recortes. La solución es... el camino inverso. Los países no son empresas, no tienen razón de ser sin cada una de las personas que constituyen la ciudadanía. Se ha de pensar en ellos, en nosotros, que por otro lado sustentamos todo el armazón. Los ciudadanos europeos estamos asistiendo impertérritos, al hecho cierto de que sólo somos una variable económica para maximizar beneficios y expurgar y expoliar en las pérdidas, y de que cada vez pagamos más por menos.

Interrelaciones en un mundo globalizado

La globalización económica es un hecho y en ese mundo globalizado, con consecuencias, son numerosas las fuerzas que interfieren e interactúan: económicas, políticas, mediáticas, sociales también. Nos influyen los EEUU de Obama, los países emergentes o China.

Destaco China porque lo que aportó al entrar en el mercado internacional desde su liberalización en 2005 fue el abaratamiento de la mano de obra a niveles irrisorios y la carencia de derecho laboral alguno. Esto va a alterar las reglas del trabajo. Ya no parece impensable aplicar en parte alguna el modelo chino. El empresario occidental cuando habla de “competitividad” piensa seguramente en ese modelo.

UE

A los españoles nos afecta –y directamente– la política que se siga en Unión Europea, porque formamos parte de ella. La UE se ha constituido en uno de los más flagrantes fracasos de una idea esplendorosa. Asentada sobre bases casi exclusivamente económicas, ha sido incapaz de cuajar un proyecto político y social sólido. Las actuales dirección y gestión de la Unión Europea están poniendo en peligro la Europa de los valores, que fue su principal seña de identidad durante siglos.

Cuando cayó el Muro de Berlín en 1989, la CEE (Comunidad Económica Europea como entonces se llamaba) la componían aún 12 países. Once de aquellos gobiernos eran, entonces, socialdemócratas, aunque inmediatamente se contagiaron de la tendencia que se iba a imponer. El neoliberalismo libraba su estrategia y terminó enseñoreándose también de Europa que hoy presenta un mapa azul conservador intenso, tanto en los países que la componen (hoy ya 27) como en las instituciones comunes. Los conservadores ostentan la mayoría en la UE desde 1999. En ese año se crea el Banco Central Europeo (BCE). Antes, en Maastricht (Holanda) y en 1992, se trazaron las líneas maestras que hoy nos rigen, apenas modificadas por el Tratado de Lisboa. Con la unión monetaria, el euro –como moneda única– entra en vigor en 2001 aunque no todos los países lo adoptaron (17 y algunos extracomunitarios).

El euro como problema

El euro nació como un vástago enfermo, no se le dotó de los mecanismos necesarios para su desarrollo. Los líderes europeos comenzaron el edificio por el tejado. Vamos a ser bondadosos asumiendo que, quizás, pensaron que la moneda única ayudaría a configurar un auténtico gobierno de todos y en equilibrio. Toda una utopía en las actuales circunstancias, cuando se busca una Europa fiscal y financieramente unida bajo la égida de ese lobby que hoy nos maneja.

El gran coladero ha sido el estatus del BCE (Banco Central Europeo) que actúa como el gran banco privado de los bancos privados aunque se mantenga con dinero público. El Tratado de Maastricht le prohíbe que financie a los Estados, así que recibe dinero de estos, lo entrega a los bancos al 1% de interés y los bancos lo prestan de nuevo a los Estados al 5 ó 6% (que sepamos a esa partida ya han ido destinados como mínimo 1 billón de euros más). El poderoso BCE, con escaso barniz democrático, no responde ante nadie.

Los ataques especulativos al euro se inician ya a comienzos de 2010. El grupo de inversores que lo capitaneó hizo incluso declaraciones al Wall Street Journal, diciendo que era una gran oportunidad de negocio. Pero no se le dio mayor importancia, a pesar de que el euro cayó y precisó una nueva inyección de dinero público en un fondo de garantía. Fue justo cuando comenzó la especulación contra España y Zapatero regresó con la tijera a contarle en el Congreso.

Y esos ataques especulativos estallan en todo su esplendor en el último verano, en 2011, con la llamada crisis de la deuda. Es decir, una pura especulación, que por ejemplo lleva a los países rescatados a pagar cuantiosos intereses por el dinero prestado impidiendo su recuperación. El diferencial de la prima de riesgo de Grecia con Alemania por ejemplo está ahora a más de dos mil puntos, ofreciendo rentabilidades superiores al 25%. Es imposible así salir adelante. Además, cuantos mayores sean los ajustes a la población que deja de consumir, más empeora el problema. Algo mejor para la macroeconomía neoliberal funcionan lo que siempre denominan “ambicioso plan de privatizaciones”, es decir enajenar los bienes públicos, costeados con los impuestos de los ciudadanos, sin resarcirles en modo alguno –como jamás osarían hacer en la expropiación de bienes privados–, y suprimiendo el origen de nuevos ingresos o los servicios para todos.

El capitalismo se había dotado para ayudarse de un instrumento esencial: unas poderosas agencias privadas norteamericanas –Moody’s, Standard&Poor’s y Fitch, las principales–, cuya misión es calificar deudas de empresas y de países enteros. No están sometidas a control alguno tampoco. Y se encuentran altamente en entredicho. Y, asimismo, de trucos financieros que rozan lo fraudulento y que los gobiernos toleran.

ESPAÑA

Es hoy un país rescatado –al menos en su sistema bancario–, presa de una crisis general y particular. España tiene sus propios cimientos peligrosamente defectuosos –no es extraño por tanto que se tambalee la democracia–. Sobresalen entre ellos, la gran estafa de la vivienda que ha hipotecado no solo el dinero sino la vida de muchas personas, los agravios comparativos en un país en el que se dan tan enormes desigualdades en salarios, en impuestos y hasta en precios, la corrupción, la deseducación permanente, la desinformación, la opinión prefabricada o la pervivencia de un franquismo sociológico que se manifiesta aún –y realimentado desde el triunfo del Partido Popular– en numerosos aspectos de nuestra sociedad.

Ésa es la herencia que arrastramos en realidad.

Con un tejido empresarial débil –que además se volcó en cuanto pudo en las obras y servicios y, más adelante, en la especulación financiera–, la burbuja inmobiliaria nos iba a dar el golpe de muerte. En este conjunto se inscribe el pecado original tanto de los irrisorios salarios

españoles como del elevado paro. Nada que ver con el mercado laboral y su presunta y eterna necesidad de “reforma”.

Desde el desarrollismo de la década de los “sesenta”, España apostó por la vivienda como motor económico en lugar de para satisfacer una necesidad social. Se primó de un lado la compra sobre el alquiler y del otro la construcción privada sobre la vivienda social. Los países nórdicos y Holanda optaron en cambio por esta última; Alemania o Suiza paliaron su déficit con alquileres sometidos a regulación pública para evitar excesos. En España un 83% de los ciudadanos son propietarios de su vivienda (según un estudio de Eurostat), una de las cifras más altas de la UE cuya media es del 65%.

Nos decían y repetíamos que “Alquilar es tirar el dinero”, sin protección sí, algunos prefirieron tirar su vida, engrosando por añadidura la deuda privada española, ésa que nos quita “confianza” ante los mercados. Para el sistema bancario español ha supuesto un colapso en sus intestinos, como vemos ahora. Si los gobiernos socialistas de Felipe González impulsaron la compra de viviendas y la entrada de capital extranjero, el harakiri final a una política coherente se lo dio la Ley del PP de 1998 de liberalización del suelo. Fue cuando definitivamente se infló la burbuja inmobiliaria y juntos caminaron más que nunca el “pelotazo” y el “ladrillazo”. La nueva Ley de Costas del Partido Popular podría reactivar ambos.

Conviene saber que los precios de la vivienda son más caros en España que en varios países europeos con mayor poder adquisitivo. Además, una vez pinchada, la burbuja arrojó un abultado número de personas al paro. Ha sido la causa fundamental de que en España la crisis mundial arroje serios agravantes.

No comparto el tópico que nos inculcan: no hemos vivido por encima de nuestras posibilidades, no todos. Unos pocos datos significativos:

- Cobramos los sueldos más bajos de la UE15 (la anterior a la ampliación al Este de Europa). Con dos tercios de los trabajadores que reciben mil euros o menos. Con un nivel adquisitivo al nivel de Eslovenia, dado que se mermó incluso en los años de la prosperidad.
- Entretanto España cuenta con los ejecutivos mejor pagados de Europa.
- La economía sumergida se sitúa en lo alto de la tabla de la UE. Los que no pagan impuestos por su trabajo o por escamoteo fiscal nos roban a los demás 245.000 millones de euros, un 23,3 por ciento del PIB. Existe una incontrolada evasión a gran escala en paraísos fiscales, a la que ahora el Partido Popular premia con una amnistía fiscal.
- 5.600.000 parados en la encuesta de la EPA (Encuesta de Población Activa). Los ajustes no han dado trabajo, han seguido aumentando el desempleo, a pesar de las cifras equívocas del verano. El propio gobierno del PP ha admitido, camuflado con declaraciones contrarias, que este año se destruirán 630.000 empleos más. Lo prevén también todos los organismos internacionales. El FMI llega a fijar en 2023 la recuperación parcial del empleo, y sin volver a la que tuvimos. El sector público (es decir, el instrumento del Estado del Bienestar) era –y es– uno de los más escuálidos de Europa: apenas ha servido nunca en España para estimular la economía, como sucede en otros países que le dedican mucho mayor presupuesto. Incluso con gobiernos conservadores.
- Ingenieros, científicos, universitarios españoles andan haciendo cola para ir a trabajar a Alemania, entretanto. Lo que nos va a causar un daño irreparable como país.
- Pagamos las tarifas de móviles e Internet y las bancarias más caras de Europa. La de electricidad ha experimentado un crecimiento de un 70% en los últimos 6 años. La gasolina la tenemos al nivel, por ejemplo, de quienes cobran el doble y el triple que

nosotros. Y ahora acaban de subirnos el IVA para situarnos en los puestos de cabeza de la UE en la misma desproporción de condiciones.

- España es el país de la UE15 con mayor desigualdad social tras Portugal. El que paga más por algunos servicios y cobra menos en salarios y pensiones.

Y ahora, el PP, reduce derechos sociales –vitales incluso– sacrificados en el altar de la austeridad. En Actúa, la segunda parte de Reacciona, el periodista Ignacio Escolar se hace esta pregunta fundamental: *“Si la Europa arruinada de la posguerra fue capaz de construir el Estado del bienestar, ¿por qué la Europa próspera del siglo XXI va a ser incapaz de mantenerlo?”*

¿Por qué? Porque no es ése el objetivo, sino el contrario, al neoliberalismo no le gusta lo público, y menos que nada los bienes y servicios, es decir (conviene insistir) el Estado del Bienestar. Es alarmante la indiferencia con la que se acoge este hecho trascendental: entregar la salud, la educación, los servicios y transportes, el derecho al trabajo, los subsidios de desempleo, las pensiones, el futuro de nuestros jóvenes o el nivel de vida de todos para pagar a los bancos causantes de la crisis. Es el libre mercado dicen, el económico, el que olvida otras muchas libertades, como la de vivir dignamente.

¿Más herencias? Desde luego. El robo de dinero público por parte de políticos y de los agraciados con sus favores es una pesada losa con la que cargamos. Una corrupción amparada por la tolerancia social e incluso la envidia de su “ingenio” que arrastramos como un estigma desde que la “picaresca española” se consideró como un valor. Y es algo que acarrea graves consecuencias: económicas pero también –y en particular– antidemocráticas.

La educación. España tiene una larga tradición en disuadir el pensamiento crítico. Con graves carencias educativas, el español es de los pocos ciudadanos que presume de su ignorancia. No lee, no habla idiomas, no viaja (el 48% no ha salido nunca del país y el 10% ni siquiera de su provincia, según dictaminó un estudio de FUNCAS). Los recortes en educación en cultura, y en ciencia e investigación agravarán el problema cuando nuevas generaciones comenzaban a paliarlo.

El franquismo tampoco ha sido inocuo como herencia psicológica. El poso de sus directrices que propiciaban la infantilización y la sumisión todavía pesa en la actitud ante cualquier atropello.

Añadamos un problema más: la información, esencial para la toma de decisiones responsables y cuya carencia masiva afecta a la calidad la democracia.

Porque ¿Cómo es posible que con los daños sufridos una mayoría de la población acepte esta situación sin oponer la mínima resistencia e incluso defendiendo que no hay otra forma de salir de la crisis?

Les invito a ver como inicio de este apartado las portadas de 5 periódicos de tirada nacional. Comparando lo que decían el 13 de Mayo de 2010 –tras la histórica sesión del Congreso donde Zapatero anunció los recortes que le imponía Bruselas– y lo que titulaban el 12 de Julio de 2012, un día después de que Rajoy practicara una poda mucho más amplia, dura y trascendental y, además, en un país intervenido... por seguir (ambos) políticas de austeridad neoliberal.

Además de la tendenciosidad de sus líneas editoriales, se diría que el viejo lema de los medios, “informar, formar y entretener”, ha pasado a convertirse en “entretener para vender”. Un producto o un sistema de vida. El periodismo parece haberse convertido en el Tercer Pilar de un sistema hoy degenerado –con el económico y el político– en lugar de aquel viejo Cuarto Poder (el contrapoder al servicio de la sociedad).



La servidumbre a la política desplaza hechos de mayor interés. No es noticia lo que opinen los dirigentes, lo son sus hechos. Los medios no son oficinas de prensa de los partidos en permanente campaña electoral.

Trivialidad, falsa objetividad, grandes dosis de opinión empaquetada como información, jalonan el periodismo hoy. Aunque hay grados y matices notables, es algo que empieza a ocurrir simplemente por inercia, porque la mayoría lo hace así.

Medios y políticos abusan de la “neolengua”, como modo de desactivar el pensamiento crítico, aún del raciocinio. Elementos que ya describió George Orwell en su libro 1984. Publicado en 1949.

Desde hace años padecemos una invasión de eufemismos dulcificadores y en todos los terrenos. Nos hablan de “reforma laboral” cuando es una merma sin paliativos, “gasto social”, para que nos duela, calificando al resto de los “gastos”, de “inversiones” (infraestructuras por ejemplo).

El PP ha llegado al paroxismo con su neolengua que llama a la amnistía fiscal “gravamen”, al rescate “ayuda”, o a la inyección de dinero público a los bancos... “estabilizar”. Y tampoco es inocuo. Muchos ciudadanos con escaso respeto por el uso de su cabeza repiten los lemas que les inducen a pensar.

Invito, reiteradamente, a traducir algunas noticias afectadas de neolengua, a hacernos también con una tabla de “campos de fútbol” económicos, para saber las magnitudes que dedican a otros menesteres cuando nos hablan de recortes (necesarios, imprescindibles) y de que... “hemos vivido por encima de nuestras posibilidades”. Porque dinero “sí hay”, muy injustamente repartido en las cargas tributarias, lo que contradice incluso la Constitución.

E invito también a decir las cosas tal cual son. A no tener miedo a las palabras porque las palabras son su contenido.

LA SUPERFICIE

¿Presumíamos qué nos iba a ocurrir hace cuatro años cuando cayó Lehman Brothers y los políticos iban a refundar el capitalismo? No. Nos cocieron a fuego lento para que no saltáramos como las ranas cuando las introducen de golpe en las cazuelas hirviendo.

Hoy, a pesar de todas estas realidades, la sociedad no se mueve en su mayoría y cree que todo pasará. Está atada a una realidad que teme y le hacen temer. Más aún, le inducen a sentirse culpable de ella como señalan las más nocivas tácticas de manipulación. Distráidos e infantilizados. Abocados al consumo. Con algunos pilares sólidos que se han desmoronado. Con la BURBUJA DEL ENTRETENIMIENTO que acude solícita a quitarnos penas y responsabilidades. Hasta la información se plantea hoy como un espectáculo.

No sin responsabilidad. Ciudadanos que delegan serlo, que no buscan el bien común y que se convierten en una pesada carga para el conjunto.

Otra sociedad existe. Si no encuentra en los grandes medios lo que busca, se informa por Internet, la gran revolución de los últimos años. Porque se ha dado un salto histórico en la manera de ponernos en contacto, en el ingente número de personas que pueden hacerlo, individualmente, con otros seres humanos a los que antes no teníamos acceso, con rapidez instantánea si se quiere, con todo tipo de contenidos para compartir.

Aunque desde el poder se intente cercenar lo que Internet representa: la comunicación libre. Por ahí va la Ley Sinde/Wert.

Por diversas causas concatenadas, existe en consecuencia, también, una ciudadanía –en el sentido estricto de la palabra– que ha tomado conciencia de sí misma. Las revoluciones árabes cuya deriva actual demuestra lo difícil que es edificar sobre bases podridas. También ese volcán que se erige en un pequeño país al Norte de Europa, Islandia, y que demuestra que otros métodos para salir de la crisis son posibles.

(Se emite corte de la película “Historia de una ciudad”. Director: Arthur Pierson. 1951).

En España la sociedad aglutinada en torno al 15M, fue –y es– mucho más que lo que supuso la acampada en las plazas. Pacífica, educada, informada y con ganas de saber más, horizontal, inmensamente democrática, se constituyó en la punta del iceberg de un hartazgo muy extendido. Estalló en indignación por cierto por la ínfima parte de atropellos que hoy nos asolan. Entre los principales logros de quienes, con enorme esfuerzo, aún persisten en la idea, destacaría el cómo, en asambleas semanales que aún continúan, ha extendido la información a ciudadanos que carecían de ella o la tenía muy defectuosa. Y a una persona informada no la engañan ni manipulan, nunca más.

Estos días hemos visto también el coraje de los mineros para defender sus derechos y su futuro, trayendo un mensaje de dignidad y esperanza a muchos ciudadanos. Seguramente ha sido su espíritu el que ha vuelto a quitar el miedo a numerosos ciudadanos de manifestar su rechazo a las continuas mermas en su vida y en sus logros democráticos.

Los hechos no han mejorado. Van a peor. Lo constatamos en España con los recortes sin precedentes que se están practicando a la sociedad. Y que no anuncian sino más recesión y nuevas podas como hemos visto. Hoy España es un país rescatado, tutelado, con la soberanía mermada. Por errores anteriores y por los actuales que cada día se acrecientan. La UE se desmorona, mientras otra presunta gran estafa bancaria empieza a aflorar: el escándalo por la manipulación de los tipos de interés interbancarios por parte del británico Barclays traspasa las fronteras y ya se investiga al Deutsche Bank y una decena de grandes bancos. Y no es el único fraude que se está practicando. Es como si el fantasma Lehman Brothers amenazara de nuevo y volviéramos al inicio desde posiciones mucho peores ¿Cuánto más se puede demorar una solución efectiva?

Restablecer controles, acabar con la impunidad de los paraísos fiscales, y de los desequilibrios en el pago de tributos, establecer una tasa mínima a esas transacciones que no producen beneficio al conjunto de la sociedad. ATTAC –que nació con ese objetivo–, la pide tan solo para la compra-venta de activos financieros utilizados fundamentalmente para la especulación. Su cuantía sería del 0,1% de esas operaciones. Arbitrar una banca pública real –siquiera en competencia con la privada– que restablezca el crédito y cese la especulación. En concreto, Bankia que va a recibir una cuantiosa inyección de dinero público debería acometer esa función.

El camino contrario nos lleva al caos. Los premios Nobel de Economía Stiglitz y Krugman no dejan de alertar sobre el suicidio que supone para Europa aplicar las políticas que se están llevando a cabo. El suicidio es un acto voluntario, la implicación social en la autodestrucción se limita a depositar un voto cada cuatro años. Y con altas dosis de desinformación.

En toda democracia enferma termina por irrumpir la mano dura para acallar las protestas –y ya está ocurriendo–. La culpabilización del igual pobre y extranjero. Asistimos también –como en un manual– al auge de la extrema derecha que ya se sienta en los parlamentos haciéndonos temer lo que sucedió en ocasiones anteriores en las que los votos sirvieron para legitimar actitudes que luego derivaron en graves perversiones.

El alma europea –la nuestra también– va mucho más allá de su mayor o menor bienestar económico, hoy también mermado. Como escribí en uno de mis libros, es aquella tierra del norte “culto, civilizada y feliz” idealizada por el poeta Salvador Espriu. Y la del centro y el sur. La que levantó la Capilla Sixtina y la Torre Eiffel, el Coliseo romano (de inminente privatización) o la catedral de Notre Dame de París. O El peine del Viento de San Sebastián. Y muchas otras



obras y valores imperecederos. La que impulsó el pacifismo, el Renacimiento, la Revolución francesa contra la tiranía o los protocolos para la reducción de gases contaminantes, la que eliminó fronteras por métodos no violentos, la que derribó muros decisivos. La que inventó la democracia.

¿Pueden acabar con todo eso –y mucho más que cada uno lleva en su imaginario– los burócratas y los mandos neoliberales de Bruselas y Estrasburgo? No. Sin duda. Pero van por ese camino. La solución ha de ser europea. Y de los ciudadanos.

En España sí hay herencia particular con las que lidiar. Solo que otros la arrostraron y aún se hace. El mundo –abierto hoy por numerosos medios– ya cala, muchos rehúsan herencias que se instalaron en los genes pero no mueven el presente y sabemos que existen diferentes formas de vivir, sin ladrillos, pelotazos, caspa o exacerbado consumismo. La herencia existe pero es ésta. Y pesada. Lo último que podemos permitir es ensanchar sus activos tóxicos.

Quiero terminar con las palabras de José Luis Sampedro: “Este ocaso es el momento de la acción entre todos porque otro mundo no solo es posible, es seguro”. En qué dirección cambiará solo depende de nosotros. Nadie, sino nosotros, va a ayudarnos. Podemos hacerlo. Solo basta con quererlo y poner los medios. Muchos, unidos y superando las diferencias, sin descanso, pacíficamente, en busca de un mundo que imponga unas mínimas bases de cordura, equidad y justicia.